

Tolerancia a la desigualdad en América Latina: una exploración en Montevideo y Bogotá

María José Álvarez Rivadulla*¹

RESUMEN: Este artículo explora la existencia de distintos niveles de tolerancia a la desigualdad socioeconómica en diversos contextos y en particular en relación a la desigualdad objetiva. Nutriéndose por un lado de los debates y estudios empíricos de la economía política de las actitudes distributivas y, por otro, de trabajos cualitativos acerca de legitimación, formación de clase y empleo doméstico, intenta una comparación con profundidad. Para ello, compara dos contextos regionales opuestos en sus niveles de desigualdad objetiva, Bogotá (Colombia) y Montevideo (Uruguay), focalizándose en cómo empleadas domésticas perciben y experimentan la desigualdad, a partir de entrevistas en profundidad. Asimismo, contextualiza estos casos a partir de preguntas sobre actitudes distributivas y percepciones de la desigualdad para toda la región, utilizando la encuesta LAPOP-Barómetro de las Américas. Argumenta que, por un lado, en un mismo país, en un mismo grupo y en una misma persona usualmente hay opiniones o prácticas que cuestionan la desigualdad y otras que la toleran. Y, por otro, que la relación con la desigualdad objetiva no es lineal. No solo puede cambiar en el tiempo sino que depende en gran medida de qué aspecto de la tolerancia a la desigualdad estemos considerando y de cómo ese aspecto es interpretado en contextos específicos.

Palabras claves: *tolerancia a la desigualdad – actitudes distributivas – legitimación – América Latina – desigualdad subjetiva*

ABSTRACT: This article explores the existence of different levels of tolerance for socioeconomic inequality in diverse contexts and, in particular, in relation to objective inequality. Learning from the political economy studies of distributive attitudes and, at the same time, from qualitative work about legitimization, class formation, and domestic work, it attempts a comparison with some depth. For this, it compares to regional contexts, very different in terms of objective inequality, Bogotá (Colombia) and Montevideo (Uruguay), focusing on how domestic workers perceive and experiment inequality, based on in depth interviews. In addition, it contextualizes these cases using answers to questions on distributive attitudes and other general perceptions of inequality taken from the LAPOP-AmericasBarometer survey. It argues that the same country, the same group and even the same person often share attitudes or practices that show tolerance for inequality and others that question it. Besides, the relation with objective inequality is not linear. Not only may it change throughout time but also this relation depends a great deal on which aspect of tolerance for inequality we consider and on how it is signified in particular contexts.

Key words: *tolerance for inequality – distributive attitudes – legitimization – Latin America – subjective inequality*

Roberto Da Matta, antropólogo brasileño, plantea en un viejo ensayo que la frase “¿Usted sabe con quién está hablando?” es un ritual en Brasil (da Matta, 1979). Es un ritual, argumenta, porque se ejecuta sistemáticamente localizando al hablante y al receptor en posiciones jerárquicas bien distintas, constituyéndose en un marcador de clase que deja al receptor sin demasiadas palabras para responder. Guillermo O’Donnell, politólogo argentino, comparando Rio de Janeiro con Buenos Aires, sostiene que la frase no tendría el mismo efecto en la segunda ciudad. Allí, dice, debido a que se trata de una sociedad mucho más igualitaria que la carioca, si bien también jerárquica, el receptor contestaría: “a mí qué me importa” (O’Donnell, 1984).

En Brasil, continúa O’Donnell, porteros de edificio, mozos, dependientes de tiendas o conductores de taxi “sirven”, son extremadamente amables, y tienen una relación jerárquica naturalizada con sus empleadores, quienes muchas veces no los miran al demandar un servicio. En Argentina, además de haber menos personal de servicio por persona, estos empleados dejan claro que están “trabajando” y tienen una relación menos visiblemente jerarquizada con sus superiores o clientes. Además, cuando realizan algunas tareas más allá de las asignadas (e.g., el portero de un edificio le abre a uno la puerta o le lleva las bolsas), queda claro que es un favor que debe agradecerse. La interlocución es más igualitaria y las jerarquías, aunque existentes, menos estables.

Siguiendo con esta idea de que hay países donde la desigualdad se asume y otros donde se cuestiona en las interacciones cotidianas, países donde la desigualdad está más legitimada que en otros, Ruben Kaztman (2007) formaliza un poco más estas impresiones de O’Donnell. Nos invita a clasificar a los países de la región según sus niveles de tolerancia a la desigualdad. Su definición de tolerancia a la desigualdad es interesante puesto que une aspectos actitudinales y aspectos de comportamiento o de las prácticas. Por un lado incluye actitudes de aceptación o cuestionamiento de la desigualdad tanto de los de arriba como de los de abajo y por otro el grado en que factores adscritos como la clase o la raza pesan en las relaciones entre las personas.

Latinoamérica es un continente que se caracteriza por una enorme distancia entre los más pobres y los más ricos (De Ferranti et al., 2003). A pesar de la gran cantidad de investigación acerca de pobreza y desigualdad, sus características y su relación con el crecimiento económico y con distintos modelos de desarrollo, sabemos poco acerca de qué piensan y cómo conviven con altos niveles de desigualdad los habitantes de estos países. Como sugiere Reygadas (2008: 22) hay que estudiar dos tipos de procesos (que para él son simbólicos pero que yo ampliaría también a prácticas):

Por un lado, aquellos que distinguen y jerarquizan a los grupos sociales, sobrevalorando a unos y demeritando a otros, para legitimar las distinciones y acrecentar las brechas sociales. Por el otro, aquellos que disuelven, relativizan y cuestionan las jerarquías sociales, presionando hacia la solidaridad, la redistribución de los recursos y la reducción de las desigualdades.

Estas percepciones y prácticas pueden tener un efecto acentuador de las desigualdades objetivas, reproduciéndolas e impidiendo su cambio. Explorar esta dimensión subjetiva y práctica de la desigualdad resulta entonces clave para entender la perpetuación de una realidad que es preocupante para gobiernos, organismos internacionales y académicos por igual.

En este artículo intento aportar a entender esta dimensión subjetiva de la desigualdad focalizándome en dos preguntas. Por un lado, más allá de impresiones anecdóticas, ¿qué hay de cierto en esta variación en los niveles de tolerancia a la desigualdad en distintos países? Y por otro ¿cuál es la relación entre desigualdad objetiva y su tolerancia? Para responderlas, analizo datos cuantitativos de opinión pública para toda la región (encuesta LAPOP 2012) y, por otro lado, entrevistas en profundidad en dos casos emblemáticos en tanto extremos en sus niveles y trayectorias de desigualdad objetiva: las ciudades capitales de Uruguay, uno de los países más equitativos de la región y Colombia, uno de los más desiguales.

Argumento que, por un lado en un mismo país, en un mismo grupo y en una misma persona hay aspectos que cuestionan la desigualdad y otros que la legitiman. Existen más contradicciones que alineamientos tanto entre las actitudes de tolerancia a la desigualdad como entre ellas y las prácticas. Por otro lado, la relación con la desigualdad objetiva no es lineal. Se trata de una relación compleja que debe ser analizada en sus múltiples dimensiones. No solo puede cambiar en el tiempo sino que depende en gran medida de qué aspecto de la tolerancia a la desigualdad estemos considerando y de cómo ese aspecto es interpretado en contextos específicos. Una misma actitud o práctica puede tener significados diversos en términos de tolerancia a la desigualdad según el contexto. El desafío de la investigación en estos temas es a mi juicio ganar en comparabilidad sin perder de vista el análisis más profundo de los contextos específicos.

Antecedentes

No existen muchos estudios empíricos comparados de desigualdad subjetiva en la región, es decir de las distintas maneras de situarse y situar al otro en la escala social, y en particular lo que aquí interesa es decir los niveles y formas de cuestionamiento o aceptación de la desigualdad existente. En particular no hay muchos estudios, ni en la región ni en general, que aborden el tema con comparabilidad y profundidad al mismo tiempo.

Hay por supuesto trabajos muy interesantes de casos particulares empezando por los tradicionales trabajos del historiador E.P. Thompson (1966) sobre la formación de la clase trabajadora inglesa y el rol que en ello juegan las percepciones de lo que es justo (lo que él trabaja como economía moral). Michael Burawoy, en su obra maestra, *Manufacturing Consent*, describe cómo ocurre la legitimación de la desigualdad en las prácticas cotidianas de una fábrica, cómo los trabajadores obtienen dignidad como personas a partir de ser buenos trabajadores y producir más, sin necesidad de coerción (Burawoy, 1979). No encuentra allí la conciencia de clase que Marx predecía como motor de cambio del sistema capitalista de producción.

Por poner un ejemplo reciente, Khan (2011) en su excelente etnografía *Privilege* da cuenta de cómo se educa a una elite adolescente en uno de los colegios más prestigiosos y tradicionales de Estados Unidos, y cómo en ese proceso se va formando una clase. Allí es interesante ver cómo los chicos que provienen de clase alta sostenida tienen una relación más cercana con el personal de servicio del colegio, aunque siempre están claras las jerarquías, mientras que los de clase media intentan mantener las distancias con quienes sienten más cercanos a ellos y de los que se quieren

distinguir. “Parte del trabajo realizado por las elites americanas –señala Khan– es preservar las jerarquías y, al mismo tiempo, hacerlas invisibles” (57).

Finalmente, ubicaría aquí muchos trabajos en la región y en el mundo sobre servicio doméstico, especialmente aquellos que prestan atención a las relaciones inter-clase. Seguramente podríamos incluir estudios de otras profesiones similares pero para mí el servicio doméstico es una ventana privilegiada para observar las relaciones inter-clase en una sociedad. Es un empleo que acerca a personas con distintas trayectorias y posiciones sociales y que las acerca en un ámbito muy significativo e íntimo como es el doméstico. Uno de los trabajos más interesantes en este sentido es el ya clásico de Judith Rollins (1985), porque trabaja a la vez con empleadas y empleadoras y porque su objetivo es entender los significados de la dominación desde ambas perspectivas. Según ella, entender las ideas, actitudes, pensamientos y emociones involucradas en relaciones de explotación es tan importante como entender sus aspectos materiales.

Todos estos trabajos nos dan pistas acerca de la tolerancia a la desigualdad en distintos contextos pero no nos permiten comparar si en algunos tiempos y lugares se acepta más la desigualdad que en otros. Sin embargo, hay una serie de trabajos que sí permiten hacerlo, aunque generalmente a expensas de profundidad. Concretamente, hay una literatura muy consolidada en economía política sobre actitudes distributivas y otra muy vinculada sobre ideas de justicia.

Con el objetivo de comprender por qué en algunos países hay estados de bienestar más generosos que en otros y por qué algunos países tienen distribuciones más equitativas de sus ingresos, varios investigadores han comparado los países de Europa y Estados Unidos (Ver por ejemplo: Alesina & La Ferrara, 2005; Bénabou & Tirole, 2006; Lambert, Millimet, & Slottje, 2003) y, más recientemente, los países de América Latina (Blofield & Luna, 2011; Gaviria, 2006). En general, esta literatura concluye que hay dos grupos de factores que inciden en la favorabilidad de los individuos hacia la redistribución y al rol del estado en esa distribución. Por un lado, factores socio-económicos. Quiénes necesitan más tienden a querer más distribución (hipótesis del interés individual). Por otro, factores ideológicos. En particular, estos trabajos suelen oponer actitudes individualistas o de creencia en el esfuerzo individual a actitudes igualitaristas, estas últimas más asociadas con actitudes más favorables hacia la distribución, o, para usar nuestro lenguaje, menos tolerantes a la desigualdad. Además, por mencionar otros factores importantes, quienes creen que el orden social en el que viven es injusto, quienes perciben mayores posibilidades de movilidad ascendente y quienes muestran mayor altruismo son más propensos a la distribución.²

Muy vinculado a esta literatura pero con énfasis en ideas de justicia, está el proyecto internacional coordinado por Bernd Wegener en el Instituto de Estudios de Justicia Social en la Universidad Humboldt de Berlín que estudia, a partir de encuestas las creencias populares y actitudes sobre la justicia social, económica y política. Inspirado en evaluar los cambios en las creencias sobre justicia en las sociedades de Europa del Este en transición al capitalismo y en comparación a sociedades capitalistas, el proyecto se ha extendido recientemente a otros países, como por ejemplo a Chile, donde resulta interesante el contexto de alta desigualdad con baja conflictividad (Castillo, 2007; Puga, 2011). (En la región, es de hecho en Chile donde se están realizando los estudios más interesantes acerca de desigualdad subjetiva y cotidiana)³.

El problema del primer tipo de estudios para mirar tolerancia a la desigualdad es

que no son estudios comparados. El problema de los segundos es que no permiten llegar a los significados, a veces contradictorios, que la desigualdad tiene para las personas ni mucho menos a las prácticas, a lo que la gente efectivamente hace, a cómo se convive diariamente con distintos niveles de desigualdad. Y, además, con los segundos, tengo la impresión de que los resultados varían mucho dependiendo de cuáles son las preguntas de las encuestas que miramos. Hay sin embargo, algunos antecedentes interesantes que buscan comparar contextos sin perder profundidad.

Me refiero en particular al trabajo de Michèle Lamont comparando significados de clase en Estados Unidos y Francia para sectores de clase medio-alta (1994) y trabajadora (2002). Allí encuentra por ejemplo que categorías raciales como los negros en Estados Unidos y los inmigrantes en Francia son usadas por las clases trabajadoras blancas para diferenciarse de ellos en base a límites morales y socioeconómicos que les daban un sentido de pertenencia y dignidad. Esas distinciones y sentimientos de superioridad moral respecto a los más pobres, a los que no se esfuerzan, a los que tienen otras costumbres, legitiman la desigualdad existente.

El trabajo de Lamont constituye un antecedente clave para este intento de comparar tolerancia a la desigualdad en diversos contextos nacionales en tanto busca comparabilidad sin perder profundidad. Los trabajos de economía política inspiran la exploración cuantitativa que aquí hago y los trabajos etnográficos la comparación cualitativa de dos contextos bien diferentes en términos de equidad. Todos ellos reafirman la importancia de comprender los aspectos más subjetivos de la desigualdad y contribuyen a una definición más clara pero amplia de tolerancia a la desigualdad.

Retomando la definición de Kaztman, y nutriéndola con toda esta literatura, por tolerancia a la desigualdad entiendo por un lado actitudes de aceptación o rechazo de la desigualdad, de legitimación o cuestionamiento de la misma⁴, y por otro el peso de la equidad o de factores adscritos en las interacciones. Entre las actitudes, están las preferencias redistributivas, el cuestionamiento o naturalización de la distribución existente por parte de los que están más abajo, los sentimientos de responsabilidad moral (altruismo) de los que están más arriba o sus pretensiones de superioridad reflejadas en el trato, en los intentos de diferenciación moral o de otro tipo (como en el consumo de bienes lujosos). Por su parte, las interacciones más o menos tolerantes a la desigualdad se ven en la medida en que la clase o distintos grupos socioeconómicos comparten espacios como el barrio o la plaza, servicios como la salud, la educación o el transporte y relaciones sociales como la amistad, el matrimonio o el trabajo, así como en la naturaleza de esas interacciones y relaciones (e.g., evasión versus contacto, tipos de contacto, peso de la equidad o la jerarquía, etc.). El estudio de las relaciones involucradas en el servicio doméstico entraría aquí, así como el estudio de las miradas y rituales de relacionamiento, respeto y consideración entre miembros de clases distintas que le preocupan a O'Donnell en el ensayo citado al inicio de este trabajo.⁵

Relación con desigualdad objetiva:

Dos hipótesis igualmente válidas pero opuestas explican la relación entre desigualdad objetiva y su tolerancia. Una diría, desde el supuesto de la acción racional con base en el interés individual que es donde hay mayor desigualdad objetiva que se tolera

menos la desigualdad, principalmente por aquellos más afectados por ésta pero también por los que creen que la desigualdad afecta el funcionamiento general de la economía o la sociedad. La otra, por el contrario, sostiene que a mayor desigualdad mayor tolerancia. Sería la hipótesis de la legitimación, el acostumbramiento, el ajuste de los valores a la realidad, o la “falsa conciencia” para usar un lenguaje marxista.

Los argumentos teóricos y la evidencia están divididos. La hipótesis de la racionalidad se basa fundamentalmente en la teoría del tamaño del estado de Meltzer y Richard (1981), que explica que en circunstancias de inequidad no solo los más pobres estarán de acuerdo con mayor distribución. Pero la idea de que en algunos contextos de alta desigualdad aún la elite estará de acuerdo con reducirla está presente por ejemplo en la investigación de Elisa Reis (2005) sobre percepciones de la elite en Brasil. Allí, ella encuentra que miembros de la elite quisieran reducir la desigualdad, o más precisamente que el estado resuelva el problema de la pobreza, por los inconvenientes que ella les causa (violencia, desorden urbano, etc.). Es decir son poco tolerantes a la desigualdad no por los sentimientos de empatía o solidaridad de los que hablaba Kaztman, sino por interés racional. Haciendo una formulación más general, De Swaan (2005) sugiere prestar atención a cualquier tipo de interés de las elites en los más pobres, sea como amenaza o como oportunidad. Es el interés lo que los llevará a actuar para disminuir la pobreza o reducir la desigualdad.

La segunda hipótesis, a mayor desigualdad mayor tolerancia es defendida por ejemplo por Lambert et al. (2003), quienes basados en la teoría y en el parámetro de aversión a la desigualdad de Atkinson, sostienen que “las sociedades con alta desigualdad objetiva (medida con el índice de Gini) son menos adversas a la desigualdad” (1081). En el mismo sentido, Kaztman sostiene que la desigualdad existente genera mayor tolerancia pero que ésta no es el único factor causal. Otros dos determinantes de la tolerancia a la desigualdad son para él las oportunidades de encuentro de las distintas clases sociales en los servicios y espacios públicos así como en los barrios (niveles de segregación) y, más a largo plazo, de las matrices históricas de relaciones inter-clase y sus cambios (desde la existencia de mano de obra nativa o esclava “explotable” durante la colonia hasta cómo se han procesado los cambios relacionados a la apertura económica y sus efectos sobre los menos privilegiados).

La segunda parece ser la hipótesis más sustentada empíricamente. Sin embargo, últimamente se han desarrollado algunos argumentos explicativos de por qué esto es así, que van más allá de la falsa conciencia o de la legitimación. Estos argumentos tienen que ver con el mundo de lo posible y el mundo de lo deseable. Las personas, dicen algunos autores, tienden a aceptar el mundo tal cual es (sesgo del *status quo*) y a creer que este es justo, a que cada uno recibe lo que merece (creencia en un mundo justo o justificación del sistema) (Bénabou & Tirole, 2006; Trump, 2013). Así, las ideas de lo que se considera un nivel de desigualdad de ingresos justo son influidas por los niveles de desigualdad existentes: cuando la desigualdad cambia, las opiniones acerca de lo aceptable cambian en la misma dirección” (Trump, 2013: 4)⁶. (Tiendo a desconfiar de estas hipótesis válidas en todo tiempo y lugar pero los resultados empíricos en contextos específicos parecen darles la razón. Habrá que preguntarse por otros contextos y ver si hay variación).

Siguiendo esta hipótesis, deberíamos ver mayor tolerancia a la desigualdad en el contexto colombiano, tradicionalmente más desigual, que en el uruguayo, históricamente uno de los países más equitativos de América Latina, como se desarrolla en

la sección de metodología. Lo que encontramos, sin embargo, es que si bien esto es cierto en algunas dimensiones no lo es en otras igualmente constitutivas de tolerancia a la desigualdad, como aquí la hemos definido.

Metodología

Intentando superar impresiones anecdóticas para comparar tolerancia a la desigualdad y en particular compararla para diversos niveles de desigualdad objetiva, este artículo se basa en una metodología comparada y de métodos mixtos.

En primer lugar, seleccioné dos casos opuestos en sus niveles actuales y trayectorias de desigualdad objetiva. Por un lado, el caso de Colombia y por otro el caso de Uruguay, focalizándome en sus ciudades capitales para el trabajo cualitativo. Colombia tiene una de las más altas concentraciones del ingreso a nivel regional y mundial. La diferencia de ingresos entre el decil más rico y el más pobre es de cerca de 61 veces (ONU-HABITAT, 2014), y su índice de Gini es de 55.9 (según datos del Banco Mundial para 2010). Bogotá, su capital, es una de sus ciudades más desiguales, a pesar de que se observan mejoras en los últimos años. Es una ciudad que sigue creciendo, al contrario de la tendencia de las ciudades principales de América Latina (Portes & Roberts, 2005) a partir de población que busca oportunidades en la gran ciudad y, además, de población desplazada por la violencia. Se trata de una ciudad con grandes diferencias sociales que se expresan espacialmente aunque cada vez más a escalas espaciales menores (Álvarez-Rivadulla & Aliaga-Linares, 2010; Dureau, 2007).

Por su parte, Uruguay ha sido tradicionalmente uno de los países con distribución del ingreso más igualitaria de la región. Su índice de Gini es de 45.3, lo que lo ubica en el mundo como un país de desigualdad media (datos de Banco Mundial, 2010). La diferencia de ingresos entre el decil más rico y el más pobre es de las más bajas de América Latina, 15 veces, y su ciudad capital es considerada de las más igualitarias de la región (ONU-HABITAT, 2014). Sin embargo, estos datos y aún la mejora de los índices de Gini en los últimos años, no implican que se trate de un país o de una ciudad sin fracturas. De hecho, los cambios productivos de las últimas décadas del siglo XX, con la apertura económica y la desindustrialización, dejaron diversas fracturas en el país y en la ciudad. En Montevideo, un aumento de la segregación residencial (Kaztman et al., 2004; Kaztman & Retamoso, 2007) y un crecimiento dramático de los asentamientos irregulares en la década de los 90 (Álvarez-Rivadulla, 2009) son las consecuencias más visibles.

Realicé trabajo de campo en estas dos ciudades, entrevistando a personas de clase media, personas de clase alta y a sus empleadas domésticas (88 entrevistas en total) sobre los distintos aspectos de tolerancia a la desigualdad. Por un lado, pregunté sobre las percepciones que tenían acerca de la desigualdad (tanto de diagnóstico como de actitudes distributivas), acerca de su lugar en la estructura social y el lugar de los otros. Y, por el otro, acerca de algunas prácticas concretas de interacción con personas de otras clases sociales y de decisiones respecto a este tipo de interacciones (e.g., concretamente se les preguntaba acerca de elecciones educativas, elección residencial y empleo doméstico). De estas entrevistas, aquí solo utilizo las que realicé a empleadas domésticas en ambas ciudades, analizando en qué medida sus relaciones con los empleadores y sus percepciones muestran mayor o menor tolerancia a la desigualdad.

Para contextualizar las respuestas de estas empleadas así como los dos casos estudiados en un contexto regional más amplio, utilizo algunas preguntas de la encuesta de opinión pública LAPOP-Barómetro de las Américas, ola 2012. Esta encuesta, que cubre 26 países de las Américas, incluye algunas preguntas sobre actitudes distributivas que son útiles para responder a los interrogantes que aquí me planteo. Los datos son analizados comparando promedios de opiniones para los distintos países pero también, a nivel individual para los dos países que se comparan aquí (y en ocasiones para otros). Esto en el entendido de que para ver tolerancia a la desigualdad comparativamente es importante ver a la vez diferencias nacionales o contextuales y prestar atención a los individuos y grupos de individuos que interactúan con esos contextos. En particular, y siguiendo a Castillo (2009) consideré que hay más tolerancia a la desigualdad cuando: a) el estatus individual no afecta las ideas sobre desigualdad, es decir cuando hay consenso en que la desigualdad existente es aceptable (análisis de regresión a nivel individual al interior de países o grupos de países) y cuando b) a mayor desigualdad objetiva hay mayor desigualdad deseada o mayor tolerancia a la desigualdad para usar nuestro término (comparación de países a nivel agregado).⁷

Alta desigualdad sin naturalización

Como se menciona en la revisión de literatura, la teoría y la mayoría de datos empíricos nos hablan de que a mayor desigualdad objetiva, mayor es la tolerancia a la desigualdad, su legitimación. Sin embargo, aún en contextos con historias de desigualdad objetiva alta, la desigualdad no se naturaliza completamente, se cuestiona. Voy a poner dos ejemplos que provienen de mi trabajo de campo en Bogotá, Colombia y Montevideo, Uruguay. El primero tiene que ver con las empleadas domésticas en un contexto de desigualdad alta. El segundo tiene que ver con el estudio de las opiniones de la gente sobre los salarios justos.

Como se menciona en la revisión de literatura, la relación entre empleadas y empleadores constituye una ventana privilegiada para observar interacciones entre desiguales. Permite además la comparación entre sociedades. ¿Es el trato entre empleadas y empleadores más igualitario en sociedades más igualitarias? En un análisis preliminar de los datos, la respuesta no es tan clara.

Por un lado, la regulación del empleo doméstico está mucho más extendida en Uruguay que en Colombia y esa es una diferencia crucial que va en el sentido de la hipótesis de menor tolerancia a mayor igualdad objetiva. En el momento que realizamos el trabajo de campo estaban teniendo lugar inspecciones en casas de familia del Ministerio de Trabajo de Uruguay para ver si había empleada y si la empleada estaba en regla. Eso tiene un efecto en la igualdad de las relaciones y en cómo las empleadas se empoderan de sus derechos.

Sin embargo, como algunas empleadas nos hicieron notar, tanto en Bogotá como en Montevideo, el trato igualitario no siempre va de la mano de derechos laborales. Por lo general son los empleadores de clases más altas los que más cumplen con los derechos laborales y sin embargo, las relaciones con esos patrones son más verticales o distantes. Los empleadores de clase media, por el contrario, no siempre cumplen con los derechos laborales pero el trato que dan a su empleada es más horizontal.

Esa tensión entre derechos y trato estuvo presente en varias entrevistas. Conversando con una sindicalista en Montevideo, ella me decía “no queremos ser miembros de la familia, queremos ser empleadas con derechos”. Sin embargo, en la misma conversación, resaltaba cómo la suya era una buena empleadora porque cocinaba a la par de ella, limpiaban juntas, y conversaban. Ser tratadas como iguales, como personas y no como “máquinas”, fue un deseo repetido entre empleadas de aquí y de allá. Finalmente, es importante destacar que las empleadas bogotanas, aun las que habían trabajado siempre sin derechos laborales y en casas de clase alta con quienes tenían un trato vertical, reconocían y cuestionaban la existencia de la desigualdad. No estamos encontrando en el análisis una “cultura de la sumisión” ni nada parecido sino unas condiciones de vida que obligan a trabajar en ciertos empleos y en ciertas condiciones. Esto recuerda lo que notaba Rollins (1985). Más allá de la conciencia de la explotación o de las malas condiciones materiales de su trabajo, las posibilidades que las empleadas tienen de cambiar su situación son mínimas, puesto que el poder en la relación lo tiene mayormente quien emplea, que es quien suele poner las condiciones (o el estado, podríamos agregar, en tanto hay variaciones en el establecimiento y cumplimiento de derechos).

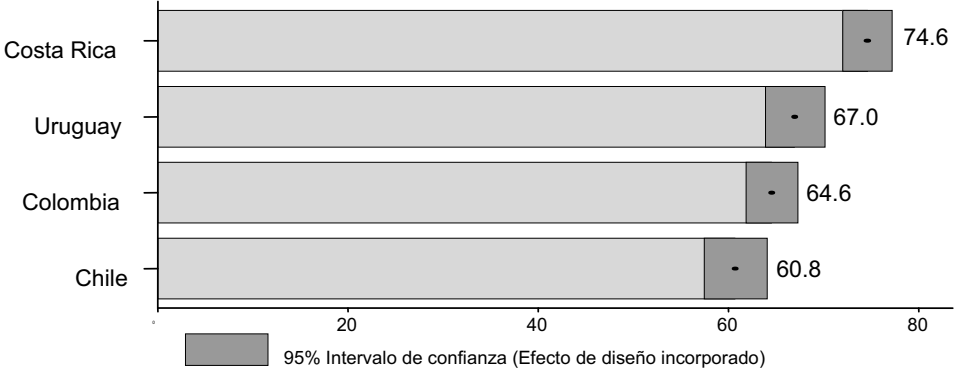
Para ilustrar el reconocimiento y rechazo a la desigualdad, voy a poner el caso de Damaris y de July, ambas empleadas, mujeres afro, migrantes del noroeste colombiano, que trabajan en casas de familias de clase media alta en Bogotá. July estudió un curso de enfermería pero nunca pudo trabajar de eso. Su esperanza es que sus hijos no reproduzcan su historia y como todas las empleadas con las que hablé, hace un gran esfuerzo para educar a sus hijos, para que sean profesionales. En la casa donde trabaja cuida un niño pequeño y hace las tareas de la casa, pero recibe ayuda de otra señora que va a planchar una vez a la semana y de otra que va algunos días como niñera. A pesar de tener prestaciones y de tener unas condiciones laborales que considera como buenas, su salario le parece bajo. Le gusta que la traten bien en sus trabajos y por eso le gustan sus empleadores actuales. Lo que más la indigna es el racismo que percibe en Bogotá. Siente que la miran mal en el transporte público por ser negra. Es esa desigualdad, la racial, la que más indigna a ambas mujeres. Damaris también la señala diciendo: “Nadie es más que nadie. Ni un negro es más que un blanco ni un blanco es más que un negro, ni un indio es más que nadie. Todos somos iguales, córtenos y verá que somos del mismo color, cuando la sangre sea de distinto color, ahí hablamos.”

A pesar de que varias empleadas en Bogotá me hablaron del uniforme como un derecho laboral, que los jefes deben comprar, para no ensuciar su ropa, a Damaris no le gusta usarlo. “Yo no trabajo con uniforme aquí, a mí no me gustan los trajes de gala (risas). A veces hay trabajos que si se lo piden a uno y uno se lo tiene que poner (...) Aquí mis jefes relajados. (...) Yo trabajo en sudadera [ropa deportiva]. No me gustan los uniformes. Se ven tan feo. Y apenas lo ven pasar saben en qué trabaja uno, en cambio uno sale y en la esquina ve a una persona en sudadera, puede hasta mentirles.” El uniforme es para ella un marcador de clase, de desigualdad, que la pone en una posición inferior, en una profesión estigmatizada.⁸

A pesar de reconocer la desigualdad e indignarse y abandonar previos empleos por tratos que consideraban injustos de sus jefes, ambas creen que cambiar la desigualdad es imposible. En esto no son distintas a otras personas al menos en la región. Una cosa son las ideas de justicia que la gente tiene y otra las ideas de lo posible

en este contexto particular, como sugiere Ismael Puga en su análisis de ideas de justicia entre los chilenos (Puga, 2011). Poniendo esto en un contexto más general, una pregunta de la última ronda de la encuesta LAPOP se acercó a cuán fatalistas eran los latinoamericanos respecto a la inevitabilidad de la desigualdad. En general, la opinión de los latinoamericanos es bastante fatalista. Creen que la desigualdad siempre ha existido y no va a cambiar. En una escala de 0 a 100 el nivel de acuerdo con que “Siempre ha habido ricos y pobres y eso no se puede cambiar” está por encima de 60 puntos para los cuatro países para los que tenemos información (Costa Rica, Uruguay, Colombia y Chile). Es decir, en general los latinoamericanos están bastante de acuerdo con esa afirmación.

Figura 1: Nivel de fatalismo de los latinoamericanos respecto a la desigualdad. Acuerdo con la afirmación “Siempre habrá ricos y pobres. Y eso no se puede cambiar”



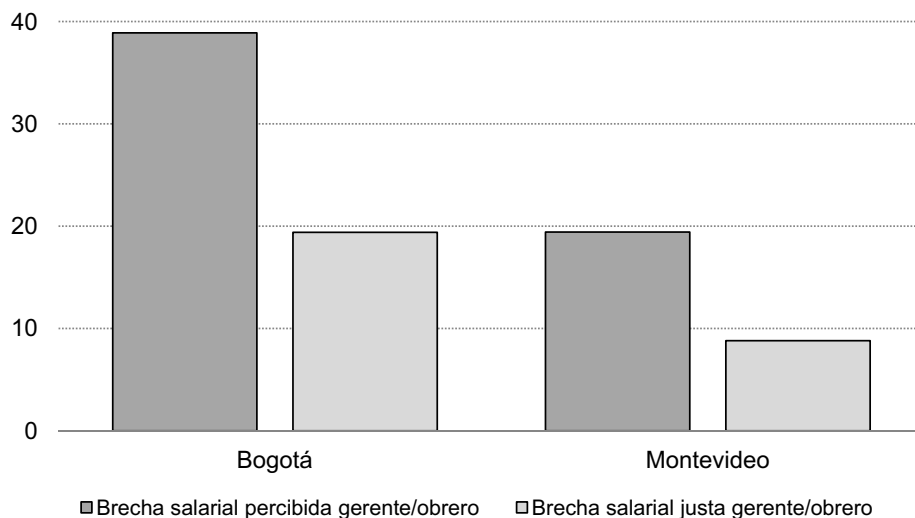
Fuente: © Barómetro de las Américas por LAPOP

Resulta interesante, y contribuye al argumento que defiende aquí de no correspondencia necesaria entre legitimación y desigualdades duraderas, que los países más fatalistas son justamente los dos más igualitarios de la región en términos de sus índices de Gini y de sus estados de bienestar, Costa Rica y Uruguay. Además, esta afirmación tiene bastante legitimidad al interior de todos los países (sin importar su nivel de desigualdad) en tanto el nivel de riqueza de las personas no afecta la opinión igualmente fatalista (consenso) y los menos educados son los más fatalistas. Solamente la ideología política cambia esa opinión puesto que aquellos que se posicionan más a la izquierda son menos fatalistas respecto a la desigualdad.⁹

El segundo ejemplo que quiero incluir en contra de la hipótesis de correspondencia entre desigualdad y tolerancia proviene de un ejercicio de análisis de lo que las personas consideran una brecha justa de ingresos. Este ha sido uno de los indicadores utilizado en estudios comparados para aproximarse a la legitimación de la desigualdad (Verwiebe & Wegener, 2000). Se les pregunta a las personas cuál es el salario que cree que ganan distintas ocupaciones. Y luego cuánto cree que deberían ganar. Así, se calculan las razones entre ocupaciones de alto estatus y ocupaciones de bajo estatus y se compara la brecha percibida y la brecha justa. Cuánto más alta la brecha justa y menor la distancia entre brecha percibida y brecha justa, mayor legitimación de la desigualdad. En mi trabajo de campo en Bogotá y Montevideo, ade-

más de las entrevistas abiertas, incluí un cuestionario cerrado que tenía estas preguntas. Así, pude comparar las brechas percibidas y justas para el salario de un gerente de una gran empresa nacional versus el salario de un obrero no calificado de una fábrica. Se trata de un ejercicio de comparación, no representativo, puesto que surge de la pequeña y dirigida muestra de mi estudio, pero que da resultados sugerentes para comenzar a pensar estos temas.

Figura 2: Brecha salarial percibida y justa de gerente/obrero, Montevideo (N=41) y Bogotá (N=45)



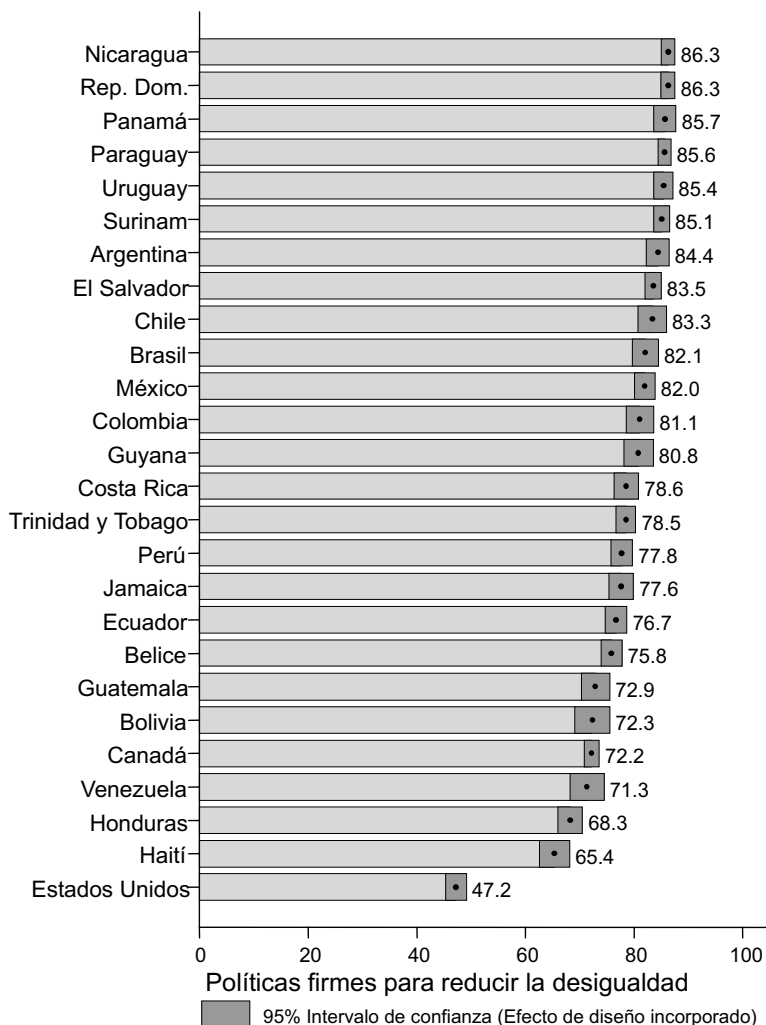
Fuente: Base de datos proyecto FIUR Percepciones de clase y desigualdad en América Latina. Cuestionario auto-administrado que acompañó las entrevistas.

Los niveles de desigualdad percibidos y justos en ambas ciudades son distintos. En Bogotá, se percibe y aceptan como justos unos niveles de desigualdad mucho más altos (el doble) que en Montevideo. Esto posiblemente responda a los efectivos mayores niveles de desigualdad salarial en Bogotá, lo que resuena con los argumentos de Trump (2013) resumidos anteriormente. La (percepción de) desigualdad existente afecta la distribución que las personas consideran justa. Esto puede leerse en el sentido de que en Colombia hay más legitimidad de la desigualdad que en Uruguay y de que efectivamente a más desigualdad mayor es su tolerancia. Sin embargo, lo que quiero resaltar es que en ambas ciudades la brecha justa es bastante menor que la brecha percibida. En ambos contextos los entrevistados no parecen legitimar las desigualdades existentes. Quisieran reducirlas, y en ambos casos quisieran reducirlas a la mitad. En ambos casos los entrevistados creen que las brechas existentes son el doble que las deseables. Esta similitud es lo que me parece más relevante de los resultados pues muestra niveles similares de intolerancia a la desigualdad, relativos a los contextos específicos.

Baja desigualdad con nuevas fracturas

Uno de los indicadores posibles de cuán tolerante es una sociedad o un individuo a la desigualdad es en qué medida se comparten valores como el igualitarismo o la ideología meritocrática.¹⁰ Mientras el igualitarismo hablaría de una intolerancia a la desigualdad, la creencia en el esfuerzo como mecanismo de distribución tiende a legitimar la existencia de la desigualdad. Una pregunta interesante que incluye la encuesta LAPOP para todos los países de América, y que puede ser un indicador de igualitarismo (y de estatismo), es el grado de acuerdo con que el estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad.

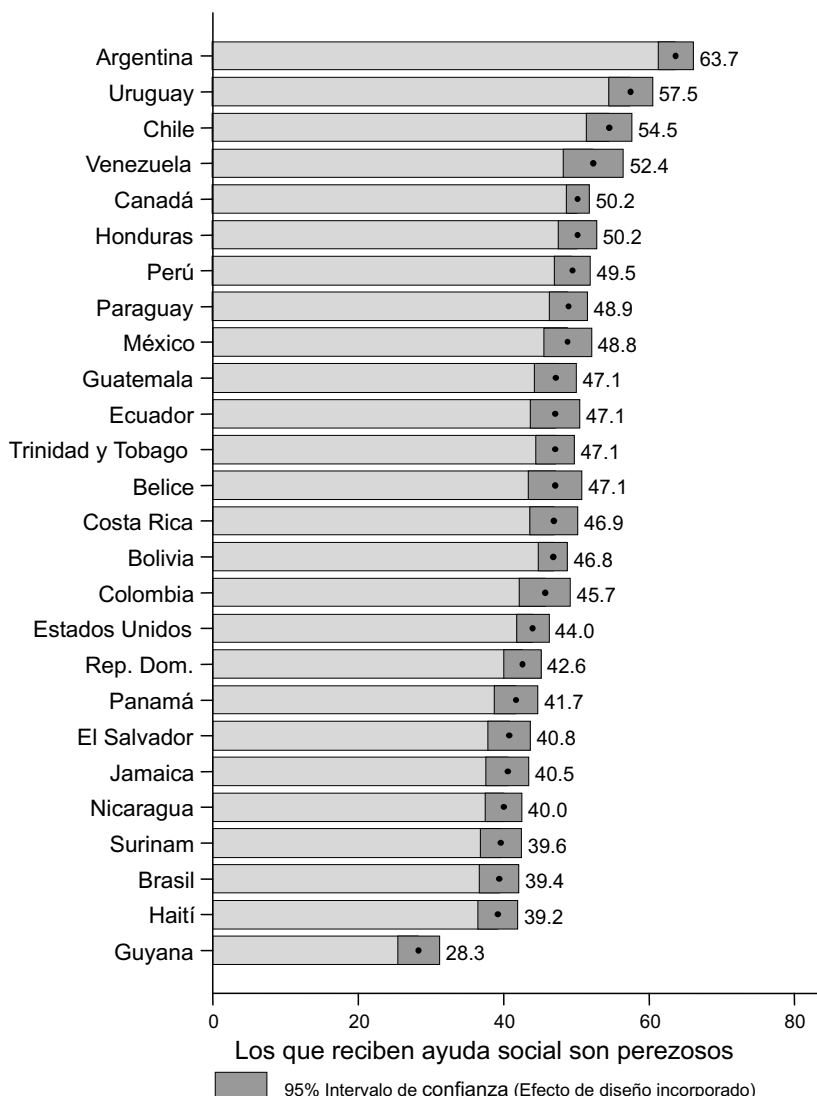
Figura 3: Nivel de igualitarismo de los latinoamericanos. Acuerdo con la afirmación “El Estado debe implementar políticas firmes para reducir la desigualdad de ingresos entre ricos y pobres”.



Fuente: © Barómetro de las Américas por LAPOP

Si vemos las respuestas a esa pregunta, los países se alinean solo muy levemente y con varias excepciones de acuerdo a sus niveles de desigualdad objetiva. Sin embargo, lo que más salta a la luz en esta gráfica es que todos los países de América Latina muestran un altísimo nivel de acuerdo con que el estado intervenga para reducir la desigualdad, principalmente en comparación con Estados Unidos, único país de las Américas donde el nivel de acuerdo con esta frase es inferior a medio.

Figura 4: Acuerdo con la afirmación “Algunas personas dicen que la gente que recibe ayuda de los programas sociales del gobierno es floja”.



Fuente: © Barómetro de las Américas por LAPOP

Argentina y Uruguay, países de baja desigualdad, están en el grupo de más alto igualitarismo, medido de esta forma. Sin embargo, también tienen los dos primeros lugares en el acuerdo con otra frase que va en sentido bastante contrario. Argentinos y uruguayos piensan que los que reciben ayuda del estado son perezosos. Países más inequitativos, como Brasil o Colombia, entretanto, muestran un menor nivel de acuerdo. Esta frase, que ha sido la consigna de los argumentos de “cultura de la pobreza” para dismantelar estados de bienestar como el americano, no se asocia precisamente a igualitarismo como principio de distribución.

Aún más, en el “igualitario” Uruguay, esta opinión es bastante consensuada (indicador de mayor tolerancia) entre los diversos grupos socioeconómicos. Las opiniones no varían según riqueza o educación. Tampoco en Colombia. Sin embargo, en un país como Brasil con altos niveles de inequidad, en ocasiones más altos que los de Colombia, hay un menor consenso respecto a esta afirmación. Los más ricos y educados están más de acuerdo con que los que reciben ayuda son perezosos. Nuevamente la relación entre inequidad objetiva y tolerancia a la desigualdad aparece como no lineal.¹¹

Focalizándonos por un momento en el igualitario Uruguay (podríamos analizar también a Argentina) y la contradicción entre su alto y consensuado igualitarismo y su altísima y consensuada opinión negativa hacia los que reciben ayuda, cabe preguntarse ¿Cómo hacer sentido de estas contradicciones? En verdad esto no es tan raro. En muchos estudios se ha visto que es frecuente que las personas tengan a la vez principios igualitaristas y principios meritocráticos o individualistas. Algunos autores hablan, por ello, de “conciencia dividida” (Castillo, 2007; Kluegel, Mason, & Wegener, 1995). Otros de “ambivalencia” (Hochschild, 1981). Otros se interesan en ver cómo ambos son articulados por las personas para entender distintas cosas, por ejemplo, como señala Puga (2011), el mundo de lo posible, donde se valora el esfuerzo, y el mundo de lo deseable, donde se valora el igualitarismo.

Una explicación aún más ajustada es la que dan Cavaille y Trump (2012) respecto a distintas dimensiones de tolerancia a la desigualdad (ellas hablan de “actitudes distributivas”) que no van en la misma dirección. Según ellas, los modelos de economía política asumen que las actitudes distributivas son unidimensionales y que se mueven conjuntamente en la escala izquierda-derecha. Sin embargo, sostienen, por un lado, están las actitudes respecto a la distribución “desde arriba” y por otro las actitudes respecto a la distribución “hacia” cierto tipo de beneficiarios. Una misma persona puede ser liberal en una dimensión y conservador o tolerante con la desigualdad en la otra. Basadas en un argumento de Roemer (2007) sostienen que las preferencias de distribución hacia ciertos grupos dependen de la afinidad con ese grupo. Estos distintos tipos de apoyo a la distribución pueden cambiar en diferentes direcciones según los cambios económicos, sostienen las autoras y ponen como ejemplo un aumento en el nivel de inequidad: “La distancia social suele poner a la clase media en contra de los más pobres sin necesariamente modificar el apoyo a políticas que le saquen a los más ricos” (p. 9). Esto ocurre aún más cuando los más pobres se asocian a una minoría étnica.

En nuestro caso, sin embargo, el cambio fundamental no es o no es solamente un cambio en el nivel de inequidad sino también un cambio en la arquitectura de los estados de bienestar. Tanto Argentina como Uruguay fueron de los primeros países en la región en extender prestaciones sociales a una extendida masa de trabajadores urbanos formales. También se caracterizaron por sistemas educativos públicos exten-

didos y poli-clasistas. En las últimas décadas esto ha cambiado. La ola liberalizadora y privatizadora de las últimas décadas del siglo pasado dejó secuelas importantes en la estructura social y en los estados de estos países, entre ellas una disminución del trabajo formal y un abandono creciente de las clases medias de los servicios públicos (Kaztman, 2001). La bonanza reciente en ambos países así como las mejoras en términos de equidad no han logrado recuperar los niveles de igualdad, y de integración fundamentalmente, del pasado. Asimismo, en ambos países, como en muchos de la región, se implementaron programas de transferencias condicionadas para las familias más pobres. Es en el marco de un rechazo a este tipo de política, por parte de quienes no las reciben, que debe entenderse esa asociación entre ayuda estatal y falta de esfuerzo. Es tal vez por ello que aún los más pobres, y no solo la clase media o los más ricos, tienen una imagen negativa de estos beneficiarios.

A diferencia de las políticas universales, estas políticas focalizadas generaron una categoría de personas que recibe la política. Frente a ellas, los otros levantan “límites simbólicos” (Lamont, 2001; Lamont & Molnar, 2002) que las distinguen en base no solo a características socioeconómicas sino, fundamentalmente, morales. Es en este marco que podemos entender que las opiniones más negativas y moralizantes sobre quienes reciben ayuda estatal vengan de quienes están más cerca en términos espaciales y sociales de ellos. Así, Julia, una empleada doméstica de Piedras Blancas, barrio popular montevideano, me decía:

A ellos les están dando vivienda. No sé si tu viste cuando venias para acá, las viviendas que les dieron en General Flores y Bulevar. Fijate que un edificio todo de ladrillos, le entregaron las llaves el otro día. ¡Mejor que yo! ¡En pleno General Flores y Bulevar! Yo pago prima, pago contribución, pago impuestos (...) Como yo les digo, los chiquilines tienen que estar llenos de piojos, chorreando mocos para que te den la asignación. (...) Y toda esa juventud tan vaga, antes le decías a los chiquilines: Ay cortate el pasto y te doy 100 pesos. ¡Saltaban! Ahora quieren 1000 pesos, o 500 pesos.

Julia ilustra un rechazo a los criterios de distribución de este tipo de políticas basado en una sensación de injusticia con su propio esfuerzo que escuché en repetidas ocasiones en mi trabajo de campo, entre personas de sectores populares que no recibían las transferencias. Es importante destacar que Julia es militante de izquierda, que ha estado vinculada al sindicato de empleadas domésticas y que es muy reivindicativa de la igualdad en otras dimensiones tanto actitudinales como prácticas.

Discusión y comentarios finales

La tolerancia a la desigualdad es un fenómeno complejo y escurridizo que hace difícil tener un solo indicador o incluso construir un índice para medirlo. Existe baja correlación entre elementos que uno pensaría que podrían integrar un índice de tolerancia a la desigualdad. Si bien puede ser que no tengamos los datos o los instrumentos necesarios, es decir que tengamos un problema metodológico de validez, lo más probable es que el fenómeno en sí sea contradictorio. Aún más, tal vez sean esas contradicciones y los cambios en el tiempo de los distintos indicadores lo más interesante para estudiar.

Es relativamente sencillo clasificar a los países según su igualdad objetiva, basándonos en índices de Gini o en su gasto público social, por poner solo dos ejemplos. Pero, como vimos, es bastante complejo clasificar a los países según su tolerancia a la desigualdad. Podemos clasificarlos según uno u otro aspecto de ella. Pero las afirmaciones grandilocuentes o anecdóticas, por más razonables que parezcan y por más sugerentes que sean, como la de O'Donnell que da inicio a este artículo, suelen no sobrevivir a análisis sistemáticos.

Los ejemplos trabajados en este artículo muestran la complejidad de evaluar la tolerancia a la desigualdad como un fenómeno único. El camino más interesante de análisis parece ser entonces focalizarse en éstas contradicciones entre derechos y cotidianidad, prácticas y discursos y entre los discursos, derechos y prácticas mismas. Más que intentar sacar una foto o un ranking de la tolerancia a la desigualdad de los distintos países, tal vez rinda más teórica y empíricamente estudiar cómo distintos tipos de individuos conviven con contextos distintos y cambiantes de desigualdad y cómo hacen sentido de ella. Para este tipo de análisis es importante estar abierto al análisis de datos distintos y a métodos diversos. Y, fundamentalmente, realizar análisis comparados. El análisis de encuestas es muy útil para poder comparar información disponible para varios países. Pero es insuficiente, para entender los significados diversos que una misma respuesta puede tener en distintos contextos. Aún más para comprender las implicaciones en la práctica de esas actitudes y valores. Para esto último creo que es fundamental realizar análisis cualitativo. Y hay ejemplos muy interesantes de estudios de cotidianidad de la desigualdad. Sin embargo, no hay muchos de estos estudios comparados para distintos contextos. Es ahí donde todavía tenemos un campo muy rico para explorar.

Sin embargo, la conclusión no puede quedar en la declaración de complejidad simplemente. Hay algunas primeras pistas que creo podemos sacar para seguir investigando. Primero, dentro de las dimensiones de tolerancia a la desigualdad, para comenzar a comprender las contradicciones creo que es importante la distinción entre distribución desde y distribución hacia que nos aportan Cavaille y Trump (2012). También la distinción entre el mundo de lo justo y el mundo de lo posible de la que habla Puga (2011). Esto último ayuda a entender por qué muchas personas cuestionan la desigualdad pero conviven con ella cotidianamente.

Y segundo, la relación entre desigualdad objetiva y su tolerancia no es lineal. Si bien puede ser que en algunas dimensiones efectivamente quienes viven en contextos más desiguales toleren más inequidad (e.g., menos derechos para las empleadas domésticas o menor cumplimiento de estos o menores salarios), en otras dimensiones las personas muestran actitudes de cuestionamiento y resistencia frente a la inequidad. Las respuestas de algunas de las empleadas domésticas en Bogotá, ejemplificaron esto último.

Por otro lado, la relación no es lineal tampoco en tanto es cambiante, depende del contexto. Hirshman (1981) describió el efecto túnel, es decir una mayor tolerancia a la desigualdad cuando hay movilidad, pero también a los límites amortiguadores de este efecto, cuando la percepción de movilidad desaparece. Si bien no contamos con datos a través del tiempo, en las respuestas negativas y consensuadas de uruguayos y argentinos hacia beneficiarios del estado se intuye el efecto de los cambios recientes en la estructura social y la arquitectura de los estados de bienestar de estos países regionalmente conocidos como más igualitarios y con estados de bienestar generosos basados en políticas universales.

Esto es importante en tanto las interacciones entre desiguales no se basan en “sustratos profundos de las actitudes de las personas, dando cuenta de su permanencia en el tiempo” como sostenía Kaztman (2007: 181) en su primer aporte a estos temas sino que la tolerancia a la desigualdad tiene “umbrales siempre cambiantes” (Reygadas, 2008: 302).¹² Esto es a su vez esperanzador en tanto no existe algo así como culturas de la equidad y culturas de la inequidad, estáticas, homogéneas e imposibles de cambiar. Lo interesante es pensar a qué tipos de transformaciones económicas y socioculturales son sensibles los distintos aspectos de la tolerancia a la desigualdad. Y, por qué no, qué dimensiones de la tolerancia pueden frenar o motivar cambios económicos y sociales que modifiquen la distribución existente.

**María José Álvarez Rivadulla, Profesora Asociada de Sociología en la Univ. del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, GI en Estudios sobre Identidad, Bogotá, Colombia. Es PhD en Sociología de la Univ. de Pittsburgh y egresada de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay. Contacto: mariaj.alvarez@urosario.edu.co*

Notas

¹ Agradezco la invaluable colaboración de mis asistentes de investigación en Montevideo, Denise Courtoisie, y en Bogotá, Ivette González, Laura Díaz y Katherine Gaitán. Sin ellas, esta investigación no hubiera sido posible. Sebastián Pantoja aportó una valiosa ayuda en análisis de datos durante la escritura final de este trabajo. También agradezco a Ruben Kaztman, la lectura de una versión preliminar de este artículo, pero, más fundamentalmente, los años de intercambios informales sobre estos temas sin los cuales, seguramente, estas preguntas nunca se me hubieran ocurrido. John Markoff también realizó valiosos y motivantes comentarios a una versión previa. Los comentarios de dos pares anónimos y de los editores del dossier y los comentarios recibidos en el workshop del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Católica del Uruguay fueron muy útiles para terminar de dar forma a este artículo y a mis argumentos. Esta investigación fue posible gracias a la financiación concursable del Fondo de Investigaciones de la Universidad del Rosario.

² Recientemente McCall (2013) ha criti-

cado, desde un estudio empírico y longitudinal de encuestas, estos estudios que ponen a Estados Unidos como el menos igualitarista de los países desarrollados. Su argumento va muy en el sentido que planteo aquí puesto que invita a pensar mejor qué significan ciertas dimensiones de lo que llamo tolerancia a la desigualdad en contextos particulares, así como las implicaciones de elegir solo una dimensión para hablar de conceptos complejos como legitimación o tolerancia a la desigualdad. Según ella, el énfasis de los norteamericanos en la igualdad de oportunidades no los hace menos igualitaristas. Eso, sostiene, es una falsa oposición. A los norteamericanos no les gusta la desigualdad cuando sienten que limita las oportunidades. Pueden no estar de acuerdo con el tipo de preguntas que se usan en la literatura de actitudes distributivas referentes a que el estado intervenga para disminuir la desigualdad en términos generales. Sin embargo, sí van a estar de acuerdo en gastar más en educación porque la vinculan a la igualdad de oportunidades.

³ Destaco tres líneas de trabajo. La primera es esta línea cuantitativa de Puga y Cas-

tillo, citada a lo largo del texto, que intentan llevar las discusiones de brecha justa, y actitudes distributivas, fuera de las democracias estables y a un caso particularmente interesante como el Chileno. Otra es un esfuerzo por entender los significados de la creciente cantidad de población que se autoidentifica como de clase media en este país (ver Méndez, 2008 siguiendo el trabajo de Mike Savage en Inglaterra) así como su heterogeneidad en términos de ocupación, educación y estilos de consumo (Barozet and Jaime, 2011; Barozet and Espinoza, 2009). (Los estudios de clase media están popularizándose también en Argentina y otros países de América Latina). Finalmente, hay en Chile otra línea interesante que está estudiando las interacciones inter-clase en distintas ciudades chilenas, a partir de un proyecto dirigido por Francisco Sabatini, Guillermo Wormald y Ruben Kaztman (Wormald, Flores, Sabatini, Trebilcock, and Rasse Figueroa 2012).

⁴ Utilizo legitimación y tolerancia a la desigualdad como sinónimos en este trabajo. Mucha de la literatura se refiere a legitimación cuando habla de los componentes que incluyo en la definición de tolerancia (Bénabou & Tirole, 2006; Castillo, 2007, 2009; Puga, 2011; Reygadas, 2008). En realidad, para ser más precisos, uno puede tolerar la desigualdad por varias razones. Una es su legitimación. Otra es el interés personal a pesar de creer que no es legítima. Y otra es la fuerza, no solo en regímenes autoritarios. De hecho O'Donnell en el ensayo citado dice que en Brasil las relaciones jerárquicas se sostienen en base a la violencia policial y estructural sobre los más pobres para que no se constituyan como clase, no protesten y no cuestionen la desigualdad existente.

⁵ Algo que no incluye esta definición y que podría incluirse entre las prácticas de tolerancia a la desigualdad es el grado de movilización política frente a la desigualdad. Es decir en qué medida se protesta colectivamente en contra de la desigualdad, en qué medida las personas participan de paros, pro-

testas u otro tipo de acciones en contra de la desigualdad. Sin embargo, esto ya no depende del nivel de desigualdad sino, como dicen Luna y Blofield (2011), de mediaciones políticas, de la politización de los clivajes de clase. Citando a Dahl dicen que, para que haya protesta, la gente tiene que creer que la desigualdad es injusta, que la elite es responsable de esa injusticia y que movilizarse va a ser efectivo.

⁶ Con una visión más diacrónica, algunos autores piensan que lo que es justificable hoy puede no serlo mañana. En un ya clásico texto, Hirshman nos habla de la parábola del túnel (Hirshman, 1981). Si la fila se mueve en un túnel, voy a ser más tolerante esperando mi turno. Si hay percepción de movilidad, se acepta más la desigualdad. Pero con el paso del tiempo, si el turno no llega, si la movilidad no se experimenta, las personas y las sociedades ya no tolerarán la desigualdad. Esto puede ser lo que está ocurriendo en China hoy, donde lejos de cuestionar la creciente desigualdad, las personas ven a su sociedad como más igualitaria que en el pasado porque hay más oportunidades (Whyte, 2010). Esta puede ser también la razón por la cual Blofield y Luna (2011) encuentran una relación entre desigualdad y tolerancia en la América Latina de los 90, que desaparece con el tiempo. Según ellos, parece haber una tendencia al cambio en las preferencias distributivas en América Latina hacia una mayor demanda de equidad.

⁷ Los análisis de regresión a nivel individual son comentados en el texto y en notas al pie y están disponibles contactándose con la autora.

⁸ Su mirada se parece mucho a la de las empleadas uruguayas, menos acostumbradas al uso de uniforme (solo se usa en hogares de clase alta). En palabras de una ellas que veía el uso del uniforme como un acto discriminatorio que comparó con la discriminación hacia los judíos en una discusión con una empleadora judía: "Yo renuncio al trabajo que tenga que usar uniforme (...) ¡No! Yo sé

que soy empleada acá y en la China. A mí no me tienen que poner un sello.”

⁹Realicé un análisis de regresión para ver si el estatus socioeconómico de la persona determina la opinión fatalista respecto a la desigualdad. Analizando los datos para los cuatro países para los que tenemos datos, en forma conjunta, hay consenso respecto al fatalismo de la desigualdad por quintiles de riqueza. Tanto ricos como pobres son fatalistas. Los menos educados y los de color de piel más oscura son más fatalistas. Estos datos nos hablan de tolerancia a la desigualdad entre los menos privilegiados. Además, quienes se ubican más a la derecha en el espectro político también tienden a creer que la desigualdad está aquí para quedarse. Otras variables de control incluidas en el modelo y que no fueron significativas: zona urbana/rural, género y edad. Analizando los datos por país separadamente y comparando los dos casos que nos interesan en este artículo, la diferencia más importante entre Colombia y Uruguay en esta pregunta es que mientras que en Uruguay los menos educados son más fatalistas, siguiendo el patrón general, en Colombia todos lo son (educación no es significativa en Colombia).

¹⁰ Si bien, como vimos en la revisión de literatura, en los estudios cuantitativos de actitudes redistributivas este tipo de variables se consideran predictores de las mismas, para mí forman parte de tolerancia a la desigualdad, e incluirlas como predictores puede incurrir en un problema de endogeneidad.

¹¹ Estas afirmaciones se basan en un análisis de regresión por país, con los datos de LAPOP, que tenía como variable dependiente el grado de apoyo a la afirmación de que todos los que reciben ayuda del estado son perezosos. Las variables independientes fue-

ron: recibe ayuda del gobierno, ideología, color de piel, zona de residencia urbano/rural, quintil de riqueza, nivel educativo, género, edad. Para Uruguay las únicas significativas fueron: recibe ayuda e ideología. Los que reciben ayuda y los de izquierda piensan esto en menor medida. En Argentina, solamente la ideología política determina esta opinión, con las personas de derecha mostrando más acuerdo con ella. En Colombia, la única variable significativa es si la persona recibe ayuda, en cuyo caso está menos de acuerdo con esa afirmación. En Brasil, a mayor educación, riqueza y edad, mayor acuerdo con esta afirmación. El resto de variables no es significativo. Es importante destacar que el porcentaje que declara recibir ayuda en estos cuatro países es similar (17.4 en Uruguay, 16.2 en Colombia, 19.5 en Brasil y 14.7 en Argentina, con intervalos de confianza superpuestos). Finalmente, si vemos los datos para todos los países de la figura 4 en forma agregada, los americanos aparecen con un comportamiento muy racional de interés individual respecto a esta afirmación. Los menos privilegiados (menor nivel educativo, menor riqueza y color de piel más oscuro), los que reciben ayuda, y los más de izquierda están en mayor medida en contra de esta afirmación.

¹² En sus comentarios respecto a este trabajo, Kaztman sostiene que hoy coincide con que definitivamente la tolerancia a la desigualdad no se basa en “contenidos mentales duraderos” sino cambiantes y que, además, “estamos asistiendo especialmente en las grandes ciudades y bajo el influjo de las actuales transformaciones estructurales, a un desvanecimiento acelerado de las formas tradicionales de tolerancia a la desigualdad.”

Bibliografía

Alesina, A., & La Ferrara, E. (2005). Preferences for redistribution in the land of

opportunities. *Journal of Public Economics*, 89 (5-6), 897-931.

- Alvarez-Rivadulla, M. J. (2009). *Contentious Urbanization from Below: Land Squatting in Montevideo, Uruguay* (PhD Dissertation Thesis). PhD Dissertation University of Pittsburgh Pittsburgh
- Álvarez-Rivadulla, M. J., & Aliaga-Linares, L. (2010). *Segregación residencial en Bogotá a través del tiempo y diferentes escalas* Documentos de trabajo. Lincoln Institute of Land Policy. Cambridge, MA.
- Barozet, E., & Fierro, J. (2011). "Clase media en Chile, 1990-2011 algunas implicancias sociales y políticas." Santiago, Chile: Fundacion Konrad Adenauer.
- Barozet, E., & Espinoza, V. (2009). ¿De qué hablamos cuando decimos "clase media"? Perspectivas sobre el caso chileno *La estratificación social hoy en Chile*. Santiago Expansiva-UDP-La Tercera.
- Bénabou, R., & Tirole, J. (2006). Belief in a Just World and Redistributive Politics. *Quarterly Journal of Economics*, 121(2), 699-746.
- Blofield, M., & Luna, J. P. (2011). Public Opinion on Income Inequalities in Latin America. En M. Blofield (Ed.), *The great gap : inequality and the politics of redistribution in Latin America*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Burawoy, M. (1979). *Manufacturing consent : changes in the labor process under monopoly capitalism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Castillo, J. (2007). "Legitimation and justice ideologies in contexts of extreme economic inequality. Three developing countries in comparative perspective." Working Paper No. 125.
- Castillo, J. (2009). *Consenso o Conflicto acerca de la Distribución? La Legitimación de la Desigualdad Económica en Chile en Perspectiva Comparada*. Paper presented at the 2nd Latin American Conference of the World Association for Public Opinion Research (April 22-24), Lima: Universidad Católica.
- Cavaille, C., & Trump, K.-S. (2012). *Support for the Welfare State Over Time: The Two Dimensions of Redistributive Preferences*. Paper presented at the APSA 2012 Annual Meeting Paper.
- Da Matta, R. (1979). *Carnavais, malandros e heróis : para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro: Zahar.
- De Ferranti, D., Perry, G. E., Ferreira, F. H. G., & Walton, M. (2003). *Inequality in Latin America. Breaking with History?* Washington, D. C.: The World Bank.
- De Swaan, A. (2005). Elite perceptions of the poor: reflections on a comparative research project. . En E. Reis & M. Moore (Eds.), *Elite perceptions of poverty and inequality*. Cape Town; London and; New York: David Philip ; Zed Books
- Dureau, F. (2007). *Ciudades y sociedades en mutación : lecturas cruzadas sobre Colombia*. Bogotá; IRD; IFEA: Universidad Externado de Colombia.
- Gaviria, A. (2006). *Movilidad social y preferencias por redistribucion en America Latina*. Bogota, Colombia: CEDE.
- Hirshman, A. (1981). *Essays in Trespassing. Economics to Politics and Beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hochschild, J. L. (1981). *What's fair? : American beliefs about distributive justice*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Kaztman, R. (2001). "Seducidos y abandonados:el aislamiento social de los pobres urbanos." *Revista de la Cepal* 75.
- . (2007). "La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina. Viejos y nuevos determinantes." *Pensamiento iberoamericano* 1: 177-205.
- Kaztman, R., Corbo, G., Filgueira, F., Furtado, M., Gelber, D., Retamoso, A., & Rodríguez, F. (2004). *La ciudad fragmentada: mercado, territorio y marginalidad en Montevideo*. Documento de Trabajo del proyecto *Latin American Urbanization in the Late 20th Century: A Comparative Study*.
- Kaztman, R., & Retamoso, A. (2007). Efectos de la segregación urbana sobre la educación en Montevideo. *Revista de la CEPAL*, 91(133).
- Khan, S. R. (2011). *Privilege : the making of*

an adolescent elite at St. Paul's School. Princeton, N.J.: Princeton University Press.

Kluegel, J. R., Mason, D. S., & Wegener, B. (1995). *Social justice and political change : public opinion in capitalist and post-communist states*. New York: A. de Gruyter.

Lambert, P. J., Millimet, D. L., & Slottje, D. (2003). "Inequality aversion and the natural rate of subjective inequality". *Journal of Public Economics*, 87(5-6), 1061-1090.

Lamont, M. (1994). *Money, morals and manners : culture of the French and the American upper-middle class*. [S.l.]: University of Chicago Press.

---. (2001). "Symbolic Boundaries: Overview." En *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, editada por N. J. Smelser and P. B. Baltes: Elsevier.

-. (2002). *The Dignity of Working Men : morality and the boundaries of race, class and Immigration*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Lamont, M. & Molnar, V. 2002. "The study of boundaries in the social sciences." *Annual Review of Sociology* 28:167-195.

McCall, L. (2013). *The undeserving rich: Inequality, opportunity, and redistribution in American society*. Cambridge: Cambridge University Press.

Meltzer, A. H., & Richard, S. F. (1981). A rational theory of the size of government. *Journal of Political Economy*, 89(5), 914-927.

Méndez, M. L. (2008). "Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities." *The Sociological Review* 56:220-237.

O'Donnell, Guillermo A. 1984. "Y a mi, que me importa ? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil." *Working Paper* 9. Notre Dame: Univ. of Notre Dame, Helen Kellogg Inst. for International Studies.

ONU-HABITAT. (2014). *Construcción de ciudades mas equitativas. Políticas públicas para la inclusión en América Latina*. Colombia: ONU-HABITAT, CAF y Avina.

Portes, A., & Roberts, B. (2005). The free-market city: Latin American urbaniza-

tion in the years of the neoliberal experiment. *Studies in Comparative International Development (SCID)*, 40(1), 43-82.

Puga, I. (2011). Lo justo y lo posible: Desigualdad, Legitimidad e Ideología en Chile. En: M- Castillo, M. Bastías & A. Durand (eds.), *Desigualdad, legitimación y conflicto. Dimensiones políticas y culturales de la desigualdad en América Latina*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

Reis, E. (2005). Perceptions of poverty and inequality among Brazilian Elites. En E. Reis & M. Moore (Eds.), *Elite perceptions of poverty and inequality*. Cape Town; London and; New York: David Philip; Zed Books.

Reygadas, L. (2008). *La apropiación : des-tejiendo las redes de la desigualdad*. Rubí, Barcelona; México, D. F.: Anthropos; UAM, Unidad Iztapalapa, Division de Ciencias Sociales y Humanidades.

Roemer, J. E., Lee, W., & van der Straeten, K. (2007). *Racism, xenophobia, and distribution : multi-issue politics in advanced democracies*. New York; Cambridge, Mass.: Russell Sage Foundation ; Harvard University Press.

Rollins, J. (1985). *Between women : domestics and their employers*. Philadelphia: Temple University Press.

Thompson, E. P. (1966). *The Making of the English Working Class* London Vintage Books.

Trump, K.-S. (2013). *The Status Quo and Perceptions of Fairness: How Income Inequality Influences Public Opinion* SSRN: <http://ssrn.com/abstract=2324255>

Verwiebe, Roland and Bernd Wegener. 2000. "Social Inequality and the Perceived Income Justice Gap." *Social Justice Research* 13.

Whyte, M. K. (2010). *Myth of the social volcano : perceptions of inequality and distributive injustice in contemporary China*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Wormald, G., Flores, C., Sabatini, F, Trebilcock, M.P. & Rasse Figueroa, A. (2012). "Cultura de cohesión e integración en las ciudades chilenas." *Revista INVI* 27: 117-145.